

ANÁLISIS DE UN PERSONAJE SECUNDARIO DE *LA REGENTA*: DON SATURNINO BERMUDEZ

CAROLYN RICHMOND
University of New York

Mucho se ha celebrado, y con razón, el magnífico retrato de Fermín de Pas, Magistral de la catedral y Provisor de la diócesis de Vetusta, que, acertada, pausadamente, con gran deleite, va trazando Leopoldo Alas, «Clarín» en el primer capítulo de *La Regenta*. Pero poco después de habernos presentado a este clérigo ambicioso y varonil regocijándose en su dominio de la ciudad desde la torre de la catedral, introducirá Alas a otro personaje, al que retrata detalladamente cuando el Magistral se lo encuentra allí abajo, en la sacristía. El retrato de este pobre e insignificante individuo, cuyo papel en la novela, por contraste con el de aquel dominador, será modestamente secundario, no está, sin embargo, menos logrado desde un punto de vista artístico. Al contrario, tanto el retrato de fondo que hace «Clarín» de don Saturnino Bermúdez como la descripción de su flirteo *escandaloso* con Obdulia Fandiño mientras enseña al matrimonio Infanzón los tesoros de la sede episcopal, tienen una intensidad de efecto en nada inferior a la de las páginas dedicadas a De Pas. En los dos primeros capítulos de la larga novela, cuando la Regenta es todavía el objeto remoto de las fantasías de uno y otro hombre y no ha aparecido, sino de paso, en las sombras de la catedral —es decir, antes de empezar a desarrollarse el argumento propiamente dicho—, ofrece Leopoldo Alas una de sus más logradas caracterizaciones en la obra, para luego relegar a este personaje a un plano totalmente secundario como parte de la amplia sociedad vetustense. ¿Por qué? Las siguientes observaciones, encaminadas a analizar la relación del imaginario don Saturnino Bermúdez con la individualidad real de su autor y con otros de sus personajes ficticios, su papel dentro de *La Regenta* —especialmente en los capítulos I y II— y, por último, su posición frente al Magistral, tratarán a contestar a esta pregunta.

DON SATURNINO Y SU AUTOR

Recordemos brevemente los rasgos fundamentales de este don Saturnino tal como le ha presentado el narrador en el primer capítulo. Arqueólogo, historiador de Vetusta y el «primer anticuario de la provincia»¹, este sabio publica en el periódico *El Lábaro* «largos artículos que nadie leía» donde, con una retórica a veces exagerada, defiende el valor aún de la más insignificante ruina. Es «doctor en teología, en ambos derechos, civil y canónico, licenciado en filosofía y letras y bachiller en ciencias». Es también autor de una serie de libros que abarcan la historia de la ciudad: «*Vetusta Romana, Vetusta Goda, Vetusta Feudal, Vetusta Cristiana y Vetusta Transformada*.» Existe, asimismo, una estrecha conexión entre la *antigüedad* de dicha urbe y la de su propia personal estirpe, ya que «juraba tener documentos que probaban al inteligente en heráldica venirle el Bermúdez del rey Bermudo en persona» (Bermudo I, rey de Asturias de 789 a 791). Como se tiene por «pariente de toda la nobleza vetustense», casi siempre viste de luto por alguno de sus miembros. Don Saturnino, cuyo nombre de pila es indicativo de su carácter —corrientemente se le llama «don Saturno»—, tiene «'la edad de Nuestro Señor Jesucristo'», o sea, treinta y tres años. Es un solterón sumamente tímido, con una activísima imaginación erótico-sentimental, fomentada en parte por su lectura de «las novelas más finas y psicológicas que se escribían por entonces en París». Tomando ejemplo de dichas lecturas, había decidido enamorarse de una señora casada, y lleva así cuatro años admirando, desde lejos y muy en secreto, a la Regenta. Pero he aquí que junto a este amor romántico y *puro*, nuestro personaje se siente atormentado por el deseo sexual. Don Saturnino es virgen: «jamás había probado las dulzuras groseras y materiales del amor carnal»; en sus largos y frustrados paseos nocturnos, disfrazado para no ser reconocido, lucha contra la tentación del amor *impuro*. Sus «victorias de la virtud» no apaciguan por entero, sin embargo, el ansia del amor —tanto espiritual como carnal— que padece. En una de las páginas más sugestivas, conmovedoras y patéticas de la novela, insinúa «Clarín» en qué termina esa «voluptuosidad ideal del bien obrar», una vez acostado don Saturnino, «mezclándose a la sensación agradable del calorcillo del suave y blando lecho». Serán, pues, los remordimientos que siente al despertar la siguiente mañana lo que le lleva sin falta a la misa diaria...

El hombre que tanta frustración amorosa padece es «bajo, traía el pelo rapado como cepilla de cerdas negras; procuraba dejar grandes entradas en la

¹ Las citas vienen de la edición de *La Regenta* preparada por Gonzalo Sobejano, Barcelona, Noguer, 1976.

frente y se conocía que una calvicie precoz le hubiera lisonjeado no poco». Tiene barba, «de un negro de tinta china», recortada «como el boj de su huerta». Además de estas características, insiste «Clarín» en los siguientes detalles: «Tenía la boca muy grande y al sonreír con propósito de agradar, los labios iban de oreja a oreja. No se sabe por qué entonces era cuando mejor se conocía que Bermúdez no se quejaba de vicio al quejarse del pícaro estómago, de digestiones difíciles y sobre todo de perpetuos estreñimientos. Era una sonrisa llena de arrugas, que equivalía a una mueca provocada por un dolor intestinal, aquella con que Bermúdez quería pasar por el hombre más *espiritual* de Vetusta, y el más capaz de comprender una pasión profunda y alambicada». Otra desgracia que aflige al pobre Bermúdez es que, cualquiera sea la ropa que se ponga, y muy a su pesar, tiene apariencia de clérigo: «el sastre veía con asombro que vestir la prenda don Saturno y quedar convertida en sotana era todo uno». Bermúdez, que se creía «el hombre más fino y cortés de España», no era clérigo, nos dice el autor, sino «anfibio».

Cualquier lector mínimamente informado acerca de la vida de Leopoldo Alas percibirá enseguida una cierta relación –implícita e irónica– entre el autor mismo y este personaje suyo: la edad («Clarín» termina *La Regenta* a los treinta y tres años), la formación intelectual (el escritor y periodista Leopoldo Alas, catedrático de Derecho Romano en la Universidad de Oviedo a partir de 1883, es doctor, y por lo tanto, licenciado, en Derecho Civil y Canónico, y bachiller en Artes, habiendo cursado en Madrid, posteriormente, Filosofía y Letras) y el aspecto físico (basta comparar un retrato de «Clarín» en aquella época para ver las semejanzas con el que traza de don Saturnino en *La Regenta*)². En su correspondencia, Leopoldo Alas se quejaría desde muy temprano de problemas digestivos, dolor intestinal y estreñimiento –males todos de que adolece su personaje ficticio³. Estas coinciden-

² Véase, por ejemplo, el del joven escritor –sin gafas– que se reproduce en la portada de mi edición de *Treinta relatos* de Leopoldo Alas, «Clarín», Madrid, Espasa-Calpe, 1983. En una conversación entre algunos participantes del *Simposio sobre «Clarín» y su obra en el Centenario de «La Regenta»* (Barcelona, 1884), celebrado en la Universidad de esta ciudad en marzo de 1984, el hispanista británico y traductor de *La Regenta*, John Rutherford, sostenía que Alas se autorretrató en el personaje de Bermúdez, a lo que asentimos los allí reunidos, comentando yo el parecido –igualmente notable– de este personaje con otros sabios ficticios en la obra de «Clarín». La idea del presente trabajo surgió de dicho intercambio entre clarinistas.

³ Como es sabido, Leopoldo Alas moriría de una tuberculosis intestinal (diagnosticada muy tarde) antes de haber cumplido los cincuenta años. Aunque sólo después de la publicación de *La Regenta* empieza a quejarse con insistencia en su correspondencia de dolores de estómago, asociados por él con las crisis nerviosas que venía padeciendo (véase, por ejemplo, la carta número 15 y nota 34 de *Clarín y sus editores (1884-1895)*, ed. Josette Banquat y Jean-François Botrel, Rennes, Université de Haute-Bretagne, 1981, y la referencia de Alas al «pícaro estreñimiento» que sufría, en *Cartas a Galdós*, ed. Soledad Ortega, Madrid, Revista de Occidente, 1964, p. 228), se entrevé en las cartas del joven «Clarín» a su amigo Quevedo (véase la nota 5, a continuación) una cierta preocupación ya en los años setenta por los nervios así como por la indigestión.

cias físicas entre Alas y su Bermúdez son tan evidentes que cabe preguntar si acaso no encubren algunas otras más íntimas, secretas. Semejanzas internas de este tipo pueden detectarse también entre el autor de las figuras de la novela —sobre todo, sus dos protagonistas—. (Esto, por lo demás, no tiene nada de extraño, dado que los novelistas siempre ponen algo de sí mismos en sus criaturas de ficción: como es sabido, Flaubert declaraba: «Madame Bovary, c'est moi.») En lo físico ni Fermín de Pas ni Ana Ozores se parecen en lo más mínimo a su creador (salvo en algún que otro detalle, como el de las crisis nerviosas en que ella pierde momentáneamente la vista, experiencia ésta documentada en la vida de Alas⁴). A ambos personajes, que tan desesperadamente y tan en vano buscan el amor, transfirió Alas, disfrazándose, algo de sus propios sentimientos, a los que presta extraordinaria intensidad. Este proceso de transferencia y adaptación se cumple con plena conciencia del autor, según demuestra el siguiente comentario hacia el final del capítulo XXI, cuando, en el cenador del jardín, una mañana de agosto durante aquel verano en que quedaron, libres de *enemigos*, en Vetusta, hablan los dos protagonistas; después de haber referido su conversación, el narrador nos dice: «La confesión del Magistral se pareció a la de muchos autores que en vez de contar sus pecados aprovechan la ocasión de pintarse a sí mismos como héroes, echando al mundo la culpa de sus males, y quedándose con faltas leves, por confesar algo». Aquí se establece, no sólo una íntima relación entre *confesión* y *novela*, sino también la idea clariniana de la creación literaria como transformación de la realidad mediante la ficción en que filtra y depura estos materiales su *autor*. Es de notar que en ese mismo capítulo se le ha atribuido a uno y otro personajes la actividad noveladora en forma incipiente o meramente interna. En la escena referida el Magistral, elocuente y feliz, «improvisó de palabra una de aquellas novelas que hubiera escrito a no robarle el tiempo ocupaciones más serias». Y antes, en el mismo capítulo, se hace referencia a las novelas que, años atrás, «había pensado en escribir». «'Las novelas era mejor vivirlas'», piensa De Pas, a quien, como también a Ana, le gusta *contarse* novelas por la noche antes de entrar en el sueño. Según esto, novelista puede serlo tanto el que se imagina novelas en la cama como el que las inventa de viva voz y el que, en efecto, llega a escribirlas, como lo hacía el propio Leopoldo Alas.

El caso de don Saturnino Bermúdez es distinto de los que acabamos de mencionar, por existir tantas semejanzas externas entre él y su autor. No ha

⁴ Alas se refiere a esta experiencia en una carta a Galdós fechada el 24 de julio de 1884 (véase también las notas 14 y 15 al cuento *Cambio de luz* en mi edición de *Treinta relatos*).

de exagerarse, sin embargo, la identificación de don Saturnino con Leopoldo Alas: se trata de un personaje ficticio que, a pesar de todas las semejanzas, tiene existencia propia. Innecesario será señalar las más obvias diferencias que los separan; baste recordar la antes mencionada transformación que, según el propio Alas, operan los autores en su creación literaria. Lo que sí conviene examinar un poco más a fondo es la correspondencia interna que pudiera existir entre «Clarín» y su personaje, apoyándonos en su declarada necesidad de *confesión* a través de la obra literaria. Antes de la publicación en 1975 de nueve cartas de Alas a su íntimo amigo José Quevedo⁵, no teníamos ningún documento que reflejara de un modo directo los sentimientos y experiencias internas de Alas. Dichas cartas, que datan, según García Sarriá, de los años 1876 a 1877, y que Alas pidió con insistencia a su amigo las destruyera, complementan —y a veces aclaran— las conjeturas acerca de su personalidad que desde años atrás se venían haciendo. «*Clarín* sufría de un complejo de inferioridad a causa de su poca estatura», escribe en 1936 su biógrafo Juan Antonio Cabezas, para pasar luego a hablar de la timidez con que Alas cortejaba a Onofre Argüelles⁶. El autorretrato que nos deja Leopoldo en sus cartas a Quevedo nos da una idea mucho más completa de sus preocupaciones y angustias —su «gran inestabilidad sentimental», según García Sarriá⁷—, reflejadas sin duda en más de una criatura ficticia suya. Veamos más de cerca lo que en esas preocupaciones y angustias pueda recordarnos a don Saturnino.

«Tú conoces mi historia y sabes la poca intimidad que he tenido con mujeres» (carta V), le escribe Alas a Quevedo, al referirle algo de lo que sintió durante un viaje en cupé que hizo con su prima Juanita. Procura, después, analizar sus sensaciones, llegando a la conclusión de que no está enamorado, pero que «¿quién sabe si hay sentimientos que todavía no tienen nombre?»⁸. Describe así su angustia: «Día por día, hora por hora, minuto por minuto he estudiado los fenómenos de mi corazón. Momentos de vergüenza, instantes de apoteosis, tregua, asaltos formidables, mirada al abismo, meditaciones al alba, y todos los días de [¿desde?] la media noche» (carta VI). De esta terrible lucha interna —reflejada en las que padece don Saturnino— no volverá a ocuparse en su correspondencia después de haberse enamorado (de

⁵ Publicadas en su totalidad como Apéndice por Francisco García Sarriá en *Clarín o la herejía amorosa*, Madrid, Gredos, 1975, pp. 241-274 (son once cartas, las dos últimas posteriores a la publicación del primer tomo de *La Regenta*). Estas cartas habían sido reproducidas en parte anteriormente por Adolfo Posada en *Leopoldo Alas, «Clarín»*, Oviedo, La Cruz, 1946.

⁶ «*Clarín*» el provinciano universal, 1936; Madrid, Espasa-Calpe, 1962, p. 107.

⁷ *Clarín o la herejía amorosa*, p. 28.

⁸ Para un estudio de este tema véase el artículo de Gonzalo Sobejano, «Sentimientos sin nombre en *La Regenta*», *Insula*, Año XXXIX, Núm. 451 (junio de 1984), 1 y 6.

verdad) de Onofre, cuyo amor *puro* le salvará, se supone, del *impuro* que tanto le había atormentado... En las primeras cartas a Quevedo encontramos referencias a otra mujer tentadora que también anticipa en algo el caso de Bermúdez, sobre todo en cuanto concierne a sus fantasías eróticas –y tímida conducta– frente a la excitante y escandalosa Obdulia. Describe ahí el joven Leopoldo su heroica resistencia a las «coqueterías e insinuaciones» de una supuesta novia de Quevedo, llamada Leopoldina, que parecen haber indignado a nuestro «pobre estudiante en vacaciones». Aunque se siente tentado, le queda después de la experiencia «una cosa así como de mal sabor en la boca... algo parecido al asco y a la indigestión». Al final, triunfa en este caso –como después en el de Juanita/Onofre– la voz de la conciencia moral: el flirteo de Leopoldina con él y otros dos jóvenes «a mí me hubiese dado lástima si no hubiese sido asco; qué mujeres son éstas; y todas, todas son así... ¡Son muy putas!», escribe, tratando de convencer a Quevedo de que lo que siente éste hacia ella no es «amor puro y verdadero». Amor puro contra amor impuro, pues: la carne contra el espíritu. «Soy con todo un amante desgraciado –concluye Alas, en un autorretrato que de nuevo nos recuerda a don Saturnino– que no quiere más que su amor, que está puro de intención, que tiene un corazón muy bueno, que nadie le gana a sentir y si por ahí me ven ir a picos pardos y divertirme y hacer vida nada ejemplar, es porque necesito fingir, distraerme, *aturdirme* (sobre todo aturdirme, esa es la frase de cajón) y Dios no me pedirá cuenta de esta flaqueza, de estas caídas... En una palabra, que tengo un buen fondo aunque no lo parezca» (carta I). Un último ejemplo de la reacción físico-moral de Alas a este tipo de tentación –por cierto, bastante inocente, pues se trata de «contactos sexuales, no los groseros, Dios me libre, sino de esos otros que aunque invisibles y mal estudiados hasta la actualidad no dejan de ser materiales», o sea, «una mirada», «un acento nasal», etcétera–, se encuentra en la carta II donde las «deliciosas imágenes, dulces esclavas» suyas, acaban dejando en su boca «un sabor amargo». Pienso que todas estas frases relativas a sí mismo dan una excelente idea de cuánto puso Leopoldo Alas en don Saturnino Bermúdez de su propia alma escondida.

ANTECEDENTES DEL PERSONAJE DE DON SATURNINO EN LOS CUENTOS DE «CLARÍN»

Muchos de estos aspectos, tanto internos como externos, que relacionan a don Saturnino con su autor –sin quitarle, bien entendido, su propia objetividad como ente de ficción– se encuentran, de un modo menos concentrado, en gran parte de la obra narrativa de «Clarín» anterior a *La Regenta*, y aún en la que viene después. Leopoldo Alas fue, ante todo, un intelectual: su *mundo*,

especialmente antes de casarse y criar una familia, era un mundo de estudiantes, profesores, periodistas, críticos, y otros tipos de escritores. Los diversos elementos de este ambiente son censurados, parodiados o elogiados, según el caso, en sus propios escritos narrativos, sobre todo en los primeros⁹. Hay en ellos toda una galería de literatos y sabios que viene a culminar, de cierto modo, en el personaje de Bermúdez. Algunos de esos escritos no pasan de ser un artículo de costumbres a la manera de Larra, donde a menudo aparece, como observador y narrador, un joven crítico (por ejemplo, *El poeta-búho*, subtítulo *Historia natural*, o *Don Ermeguncio o la vocación*, que lleva como subtítulo *Del natural*)¹⁰. En esta vena se encuentran también *Un lunático* (*Solos de Clarín*, 1881) y *El hombre de los estrenos* (1885) y *Bustamante* (1884), ambos recogidos en *Pipá* (1886). (El interés de Leopoldo Alas por el mundo del periodismo, que se entrevé de vez en cuando en las páginas de *La Regenta*, iba a desplegarse artísticamente en su proyectada novela *Juanito Reseco*¹¹). En muchos de estos relatos satiriza «Clarín» al pobre *literato* provinciano de segunda categoría que va a la corte en busca de la inmortalidad. El crítico en uno —*Feminismo*—¹² es retratado de tal modo que su parentesco con quien lo escribió queda bien claro (algo que observamos también en el caso de Bermúdez, aunque de diferente modo). «Empezaba entonces a llamar algo la atención —leemos ahí— un abogadillo sin pleitos, chiquitín, bilioso, miope, que escribía de crítica y de cuanto Dios crió en prosa y en verso, en un periódico satírico». Asimismo en el resto del contenido de este interesante fragmento apenas queda disfrazada la realidad.

Aunque en escritos como estos da rienda suelta «Clarín» a su talento satírico, no permiten un gran despliegue de sus dotes narrativas. Para esto —o sea, para que haya un argumento con más matices que los permitidos en el

⁹ Normalmente «Clarín» publicaba sus relatos primero en la prensa, luego los recogía en volumen. En el primero de éstos, *Solos de Clarín* (1881; Madrid, Alianza, 1971) «van sembrados. . . algunos cuentecillos más o menos tendenciosos» —según explica el autor en su Prefacio— entre los artículos de crítica. Dichos cuentos fueron recogidos, junto con otras narraciones tanto de la época temprana como del resto de su vida, en el libro póstumo *Doctor Sutilis* (1916), tercer —y último— volumen de las malogradas obras completas de «Clarín» que había emprendido la editorial Renacimiento (más recientemente he preparado el tomo de los cuentos completos para las obras completas de «Clarín» dirigidas por José María Martínez Cachero). Un segundo libro de narraciones preparado por Alas, *Pipá* (1886; ed. Antonio Ramos Gascón, Madrid, Cátedra, 1976) contiene relatos anteriores todos a *La Regenta*.

¹⁰ Recogidos en *Doctor Sutilis*. Este fue publicado primero en la prensa en 1881, aquél en *...Sermón perdido (crítica y sátira)* (1885).

¹¹ Tanto esta novela —cuyo protagonista aparece, brevemente, en *La Regenta*— como otras dos que «Clarín» sólo llegó a empezar (*Una medianía* y *Speraindeo*) iban a formar una trilogía ambientada en la vida literaria de la corte (véase la Introducción a mi edición de *Su único hijo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, pp. LIII-LIX y el Apéndice de dicha edición).

¹² Cuento inacabado publicado en la prensa en 1897 y recogido en *Doctor Sutilis*; seguramente data de la época anterior a *La Regenta*.

desarrollo lineal de un personaje— deberá introducirse un elemento sentimental. La combinación de *amor y sabiduría* que hemos visto en el personaje de don Saturnino Bermúdez, así como en la personalidad de Leopoldo Alas tal cual se revela en las cartas a Quevedo, caracteriza, pues, a gran parte de los cuentos clarinianos anteriores a *La Regenta*. Los sabios de los siete relatos a que ahora voy a referirme¹³ —e incluyo bajo esta denominación a jóvenes y viejos de las más diferentes categorías literarias e intelectuales— padecen de algún tipo de frustración amorosa que parecería estar vinculada de cierta manera con las angustias del propio autor, quien, desde 1890 en adelante, tiende a darle a sus sabios ficticios otras preocupaciones distintas de las amorosas. Sergio Beser, que también ha señalado la existencia de «un grupo homogéneo de relatos... que giran alrededor de la figura del sabio», dice que son todos ellos solteros, maridos burlados o, en un caso, un soltero burlado, insistiendo a la vez en que son «caricaturas, seres ridículos a quienes falta, como al mismo Alas en estos años, la adecuación con la sociedad en que viven y con la mujer»¹⁴. Yo, por mi parte, pienso que debe matizarse algo eso de «caricaturas» y «seres ridículos», pues algunos de ellos llegan a conmover al lector, como lo hace, también por su parte, don Saturnino. Para comprender mejor la combinación amor-sabiduría en estas obras clarinianas creo que conviene enfocar al tema desde un punto de vista ético-religioso.

Leopoldo Alas fue, es bien sabido, un escritor moralista (hasta dio como título a una colección de narraciones suyas el de *Cuentos morales*). Las relaciones amorosas de los personajes sabios anteriores a *La Regenta* comportan algún mensaje moral, y hasta una lección. Si estos *sabios*, por estar demasiado entregados a su propia vida científica o espiritual —o sea, a sus lecturas, escrituras o cavilaciones—, resultan mal equipados frente a la mujer, es ésta quien merece desaprobación por soliviantarlos. Las reacciones de los hombres que sufren por su causa varían según el carácter de cada cual; todos ellos están destinados a vivir en la soledad. Nos encontramos, pues, ante la tradicional enemistad entre sexos en que el hombre, con quien el narrador

¹³ Doy a continuación las referencias bibliográficas para los siete: De *Solos de Clarín* (y *Doctor Sutilis*), *El doctor Pértinax* (1880) y *La mosca sabia* (1880; también en *Treinta relatos*); de *Doctor Sutilis*, el cuento de dicho nombre (1878; también en *Treinta relatos*) y *Doctor Angelicus* (1881); de *Pipá*, *Un documento* (1882; también en *Treinta relatos*) y *Zurita* (1884). El cuento inacabado, *Kant, perro viejo* (1880-1881) fue publicado por Sergio Beser al final de su interesante estudio «En torno a un cuento olvidado de Leopoldo Alas», *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núm. 231, marzo de 1969, 526-548 (véase también la Introducción de su antología de ensayos críticos titulada *Clarín y «La Regenta»*, Barcelona, Ariel, 1982, pp. 35-38).

¹⁴ Introducción a *Clarín y «La Regenta»*, p. 37. «Ninguno de ellos», continúa ahí, «llega a mantener una relación normal y estable con la mujer; coinciden en su frustración con la mayoría de los personajes de *La Regenta*».

simpatiza, acaba siendo víctima de la mujer¹⁵. La triste ironía está anunciada por el tímido e infeliz insecto protagonista de *La mosca sabia*: «El sabio es el más capaz de amar a la mujer —se le queja al narrador—; pero la mujer es incapaz de estimar al sabio. Lo que digo de la mujer es también aplicable a las moscas.» Esta opinión vale también para don Saturnino Bermúdez, quien, además de estar seguro de su superioridad *espiritual* y pasional, «allá en el fondo de su alma, se creía nacido para el amor, y su pasión por la arqueología era un sentimiento de la clase de sucedáneos» (I). Tanto la mosca como don Saturnino, conscientes ambos de su posible ridiculez frente a la mujer, encuentran consolación en la lectura, reemplazando el amor real por el fraguado en la fantasía. La de Bermúdez —quien, como Ana y De Pas, también es *autor* de las novelas que se imagina a punto de dormirse— le permitirá experimentar, vicariamente, una pluralidad de relaciones amorosas, ya descritas en los anteriores cuentos de sabios.

A primera vista los tres cuentos de amor adúltero poco o nada tienen que ver con don Saturnino, quien jamás tuvo con mujer alguna el tipo de relación íntima que le permitiera sentirse así traicionado. Lo que muestran es, como señala Beser, la «imposibilidad del mutuo amor»¹⁶, y esto nos hace pensar, más bien, en el matrimonio de Ana Ozores con don Víctor Quintanar —quien, por cierto, tiene un algo de sabio así como algún parentesco espiritual con Bermúdez—. En *Doctor Angelicus* la joven esposa de un sabio de cincuenta años es seducida por su primo, alférez de Ingenieros, quien, obrando como «un sabio mucho mayor», había formado planes «que envidiara cualquier novelista adúltero de Francia, y se dispuso a comenzar la novela de su vida». Este joven «sabio» es, pues, quien logra llevar a la joven esposa «Al puente que separa a Eva inocente, de Eva pecadora», logrando algo que sólo en su fantasía le está concedido a don Saturnino. El relato inacabado *Kant, perro viejo* también narra el desengaño de un pobre sabio que descubre la infidelidad de su mujer y decide huir, con el perro, a América. Lo que aquí anticipa más a don Saturnino es este perro filósofo quien, anunciando su próximo suicidio, empieza a contar por qué «no hay que fiarse de las perras ni de los hombres». Quiere seducirle en la iglesia una perra lasciva, «pero yo, como todos los verdaderos amantes —explica— era tímido». Pierde esta primera oportunidad, se ahoga en deseos y, al encontrarla de nuevo, ve que ya está siéndole infiel. También nuestro Bermúdez —con quien flirtea Obdulia en la catedral— parece haber sufrido algún pequeño desengaño

¹⁵ En otros tres relatos de adulterio del volumen *Pipá* se pintan relaciones en que el hombre acaba aceptando su mala suerte mediante la huida (*Mi entierro*), la irónica resignación (*Amor' è furbo*) o la caritativa comprensión (*Las dos cajas*). Ante la imposibilidad de una fiel relación amorosa el hombre termina en la soledad.

¹⁶ «En torno a un cuento olvidado de Leopoldo Alas», p. 539.

de joven, pues se dejó la barba «después de haber perdido ciertas ilusiones en una aventura seria en que le tomaron por clérigo»... *El doctor Pértinax*, donde, en un sueño, el sabio moribundo se da cuenta de que el «fruto de sus filosóficos amores» con su ama de llaves no es, en realidad, hijo suyo, sino de un tambor mayor, también está centrado en el desengaño. Queda implicada aquí la lascivia de las relaciones entre este soltero y su criada –algo inferido, asimismo, en las del sabio Macrocéfalo de *La mosca sabia* con la hermosa, mas «bestia», Friné, y que volverá a aparecer, años más tarde, en algunos cuentos clarinianos centrados en el personaje del viejo verde (*Un viejo verde*, 1893, *El viejo y la niña*, 1899). Los deseos lascivos de Bermúdez están reducidos al flirteo con Obdulia en la catedral.

Los protagonistas de los cuatro cuentos restantes son solteros tímidos que reaccionan de diversas maneras frente a la mujer y al desencanto que ésta les hace sufrir. El joven «soñador de oficio» y poeta de afición Pablo, protagonista de *Doctor Sutilis* –un relato íntimamente relacionado con los tres que hemos mencionado– escribe su último poema, pierde la idealidad y se *convierte* a la religión de los negocios el mismo día que su musa y adorada prima se casa con un capitán de cazadores. Ocho años esperará para vengarse de este desengaño, cínicamente, mediante un adulterio con ella. Al dejar de soñar y al utilizar su talento para fines prácticos, se cura definitivamente del amor. La mosca sabia, en cambio, tras no haber podido corresponder a los avances de la mosca de oro por perder sus fuerzas en el momento decisivo, se resigna a un «eterno novelar» de sus amores imaginarios con ella. Enterado de que su mosca ideal se llama, en realidad, *musca vomitoria*, de que él «amaba a la mosca vampiro», siente no ya el desengaño sino algo peor: se da cuenta de que no ha dejado por eso de quererla. Sólo la muerte, que desea pero no es capaz de infligirse, puede poner fin a su sufrimiento. Pablo, al desengañarse del amor puro, goza el impuro, algo que jamás sería capaz de hacer el *poeta* don Saturnino, quien, sin embargo, como la mosca sabia, puede, cualquiera que sea la realidad, aferrarse a un ideal. Parecidas reacciones –de adulterio vengativo o de huida– frente a la mujer seductora tienen los tímidos personajes de otros dos relatos, más largos, redactados algunos años después. El «joven escritor, periodista y novelista Fernando Flores», protagonista de *Un documento* –narración ésta, dicho sea de paso, que anticipa de varias maneras a *La Regenta* y que contiene numerosos ecos de las cartas de Alas a Quevedo¹⁷, tras dejarse seducir *espiritualmente* por la experimen-

¹⁷ Relato no incluido en el grupo de seis tratados por Beser. Lo estudio a fondo en «*Un documento* (vivo literario y crítico). Análisis de un cuento de 'Clarín', *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, Año XXXVI, Núms. 105-106, enero-agosto de 1982, 367-384. Véase también las notas al cuento en mi edición de *Treinta relatos*.

tada duquesa del Triunfo, toma, al fin, la iniciativa, no por amor, sino por no caer él en el ridículo, para luego abandonarla y escribir la novela, *documento* de su experiencia. Don Saturnino tampoco tiene mucho parentesco con este protagonista, pariente psicológico del de *Doctor Sutilis*, pues la *sabiduría* de Bermúdez, limitada a los libros, no se extiende a las relaciones con el sexo opuesto. Su timidez, como la de la mosca, es mucho más profunda. Nunca ha tenido que enfrentarse, sin embargo, con una prueba de su virtud como hubo de hacer, con admirable heroísmo, tres veces en su vida, el catedrático de Psicología, Lógica y Ética del Instituto de Lugarucos, protagonista de *Zurita*: dos patronas de posada, viudas ambas, y una señora casada, acechan, en su momento, al tímido filósofo, mas éste logra resistir al asalto, librándose del amor por la huida; cuando decide renunciar a la virtud, desistirá en el último momento. Las *tentaciones* de don Saturnino se limitan a las coqueterías de Obdulia: a lo imaginario; caso de haberse encontrado en una situación parecida a las de Zurita —personaje éste con quien tiene un marcado parentesco psicológico—, es bastante probable que hubiese reaccionado, también, con una huida. Para Zurita el amor sexual era «una abominación, un pecado irredimible» y el placer, «una singular manera del placer solitario». El único *pecado* de don Saturnino es, en efecto, un *placer* solitario, tras el cual, al despertarse a la mañana siguiente, «malhumorado, con dolor de estómago», diría «¡Memento homo!»¹⁸.

La figura de don Saturnino Bermúdez tiene antecedentes, pues, en todos estos cuentos de sabios y puede ser considerada como la culminación artística de ellos, aún cuando su participación en el conjunto de la novela sea mínima y se reduzca a un par de incidentes sin mayor importancia. Esa falta de interés argumental hace todavía más sustantivo el carácter del personaje. «Clarín» volverá al tema del sabio enamorado y del amor puro e impuro durante los años que siguen a la publicación de *La Regenta* en tres obras donde predominan la narración en primera persona: el atormentado relato inacabado *Cuesta abajo*¹⁹, el fragmento epistolar titulado *El filósofo y la*

¹⁸ El propio «Clarín» dice haber tomado el personaje de Zurita de la realidad: «es un caballero tan honrado como sencillo, que vive, y no lejos de mí y no puedo nombrarle por mil razones» (*Folletos literarios IV. Mis plagios*, 1888; en *Obras selectas*, ed. Juan Antonio Cabezas, Madrid, Biblioteca Nueva, 1966, p. 1.248). En el capítulo V de *La Regenta* se refiere a «un antiguo catedrático de psicología, lógica y ética, gran partidario de la escuela escocesa y de los embutidos caseros», amigo de doña Anuncia (la tía de Ana) a quien ayudaba a comprar; en el capítulo XV hay todavía otra referencia a este personaje, «que se pasa la vida en el mercado cubierto».

¹⁹ Larga narración publicada en la prensa entre 1890 y 1891 (véase el estudio que hace de ella Josette Blanquat titulado «La sensibilité religieuse de Clarín. Refleets de Goethe y de Leopardi», *Revue de Littérature Comparée*, XXXV, 1961, 177-196).

«vengadora» (*correspondencia*)²⁰, y *Superchería*²¹, *novella* ésta donde parece resignado, por fin, a aceptar melancólicamente, la pesadumbre del amor imposible en el personaje del sabio.

DESDE DENTRO Y DESDE FUERA: DON SATURNINO COMO PARTICIPANTE EN LA ACCION DE *LA REGENTA*

Vamos a ocuparnos ahora del papel desempeñado por don Saturnino Bermúdez dentro de la trama de *La Regenta*. Se ha visto cómo su presentación en los dos capítulos de la novela es doble: descripción —exterior e interior—, y participación en la acción preliminar de la obra. Al comienzo una y otra van enlazadas. La primera mención que se hace de él —un párrafo sustancial donde se habla de su conocimiento arqueológico de cada edificio del barrio viejo de la Encimada y de su animada oposición a cualquier derribo o expropiación— va inserta dentro de la pausada inspección de Vetusta que hace el Magistral desde la torre después de haber detenido su catalejo en ésta, su parte preferida de la ciudad. Nuestra autoridad local aparece por segunda vez en plena actividad cuando, al entrar en la sacristía, el Magistral topa con el erudito que explica un cuadro a otras tres personas. Pero en vez de desarrollar la acción —o sea, la visita acompañada—, el narrador enfoca desde fuera al grupo, parado delante de la pintura, los cuatro con «la cabeza echada hacia atrás», para pasar en seguida a ocuparse de Bermúdez. En esta descripción la confluencia de los puntos de vista del narrador y del Provisor, sugerida ya en la anterior, hecha desde la torre —recuérdese que el Magistral pasó su catalejo por la ciudad, «levantando con la imaginación los techos»—, se hace por un momento más explícita, pues vemos a don Saturnino como guía a través de los ojos de este clérigo. Pero pronto pasa el narrador a la descripción más larga que hará de nuestro personaje, a la que ya hicimos referencia, donde combina datos externos e internos. Aquí se le presenta alternativamente desde una perspectiva íntima, que deja ver, también, lo que piensa el propio personaje de sí mismo, y mediante los comentarios de otros miembros de la sociedad vetustense. Dichos comentarios, intercalados a lo largo del pasaje, cumplen varias funciones: introducen el punto de vista de los demás vetustenses, crean ya para la novela un ambiente social en que unos hablan de otros, e introducen a nuevos personajes que han de tomar parte en la trama. El primer comentario, incorporado al

²⁰ Publicado en la prensa en 1891 y recogido en *Doctor Sutilis*.

²¹ Publicada en la prensa entre 1889 y 1890, después en *Doña Berta. Cuervo. Superchería* (1882; Madrid, Taurus, 1970).

comienzo, viene a raíz de habérsenos dicho que «no era clérigo, sino anfibio. En su traje pulcro y negro –continúa– de los pies a la cabeza se veía algo que Frígilis, personaje darwinista que encontraremos más adelante, llamaba la adaptación a la sotana, la influencia del medio, etc.; es decir, que si don Saturnino fuera tan atrevido que se decidiera a engendrar un Bermúdez, éste saldría ya diácono por lo menos, según Frígilis.» Aquí se pinta, con gran ironía, no sólo la vestimenta de don Saturnino, sino también su timidez frente al sexo opuesto, tal como comenta –supuestamente en público– otro personaje, todavía por aparecer. En seguida se nombra al arqueólogo como «don Saturno», añadiendo, aparte, que «–así le llamaban–», lo cual refuerza la sensación de un individuo incluído en un conjunto social (de aquí en adelante el narrador utilizará también esta versión de su nombre para referirse a su personaje, especialmente en momentos de intimidad). El tercer comentario aparece tras la descripción de cómo se enamoró, secretamente, don Saturnino de una señora casada, quien no hizo caso de sus tímidas miradas ni entendía sus veladísimas alusiones cultas: «no hacía más que decir a espaldas de Bermúdez: –No sé cómo ese don Saturno puede saber tanto: parece un mentecato». Con estas palabras –por cierto, no demasiado caritativas–, las primeras que pronuncia en la novela, se introduce en ella a su protagonista, explicando a continuación: «Esta señora que llamaban en Vestusta la Regenta, porque su marido, ahora jubilado, había sido regente de la Audiencia, nunca supo la ardiente pasión del arqueólogo». La breve referencia aquí a esta dama, presentada al principio del capítulo como «una guapísima señora» que Celedonio había visto en su jardín una vez a través del catalejo del Magistral (y que éste había buscado, sin encontrarla, esa misma tarde desde la torre), estimula aún más el interés del lector, quien la asociará con el título del libro. Pero el narrador no hace más que esta sucinta alusión, tras la cual vuelve otra vez a su descripción de Bermúdez, y de cómo, cansado de idolizar a ese amor único, «procuró ser veleidoso, aturdirse, y esto último poco trabajo le costaba, porque nunca se vio hombre más aturdido que él en cuanto una mujer quería marearle con una o dos miradas» (recuérdese la necesidad que sentía el joven Leopoldo Alas de «fingir, distraerme, *aturdirme*», en la antes citada carta I a Quevedo). La reacción de la gente frente a su ulterior participación en las actividades sociales de la ciudad (bailes, reuniones, teatro, paseos, etcétera) se resume en el cuarto –y último– comentario intercalado: «cada vez que le veían bailando un rigo-dón... repetían: –¡Pero este Bermúdez está desconocido!», a lo cual sigue, como en respuesta, la desesperación de don Saturnino al verse tratado como si fuera un «cartujo», con nuevas revelaciones íntimas que culminan en la escena solitaria de cama. Estos comentarios ajenos en la presentación del personaje de don Saturnino, además de preparar el escenario para el extenso

despliegue social de la novela, van introduciendo una pluralidad de tonos y de perspectivas que el lector, a su vez, debe incorporar a su propio punto de vista, enriqueciendo éste y dándole mayor complejidad.

Habiéndonos suministrado, pues, toda esta información de fondo, e incluso una buena idea de lo que se piensa en *Vetusta* acerca del personaje, el narrador sigue adelante con la acción, sólo después de haber retrocedido un poco en el pasado para darnos algunos detalles a propósito de las (escasas) relaciones entre don Saturnino y Obdulia Fandiño. Este pasaje se inicia con un «billete perfumado» que había recibido de ella ese mismo día y que suscita en él esperanzas, animadas por el recuerdo de algunos breves contactos de los dedos, la rodilla y el pie de la viudita. Al abrirlo, por fin, y leer la primera carilla, todavía piensa él que podría tratarse de una cita, equívoco que se deshace, en parte, al darle la vuelta y ver que lo que se le pide es que enseñe a unos amigos la catedral. (Una posible fuente de esta experiencia se encuentra en la carta V a Quevedo, donde Alas habla de una carta de su amigo en un «sobre pequeñito, como los que usan las señoritas, [que] me hizo ponerme colorado al verlo, y cerrar los ojos muchas veces con temblar nervioso» al creer, equivocadamente, que era de su prima. Esta solía mandarle todos los años sobres parecidos donde «venían siempre perfumados papeles también chiquitinos que daban traste, por días y por meses, con la serenidad de mi corazón».) Lleno de expectativa frente a este «pretexto», don Saturnino se viste, se ve en el espejo «como un Lovelace que estudia arqueología en sus ratos de ocio», y va a casa de Obdulia. «Tal era el personaje que explicaba a dos señoras y a un caballero el mérito de un cuadro todo negro, en medio del cual se veía apenas una calavera de color de aceituna y el talón de un pie descarnado», escribe el narrador, enlazando de esta manera con el momento en que el Magistral los había visto al entrar en la sacristía y que, a su vez, enmarca el extenso aparte («El cuadro que miraban [estos «dos señoras y dos caballeros»] estaba casi en la sombra y parecía una gran mancha de negro mate. De otro color no se veía más que el frontal de una calavera y el tarso de un pie desnudo y descarnado.»).

Se reanuda, pues, la escena de explicación del cuadro, animada ahora por la adición de un diálogo; se acerca al grupo el Magistral, que antes lo había observado de lejos, integrándose, momentáneamente, la trayectoria espacial de éste con la de don Saturnino. Lo que une —y separa— aquí a estos dos personajes es Obdulia, hija de confesión del Magistral, la cual se regocija al verle. Esta mujer, cuyo olor tanto excita a don Saturnino, sueña con conquistar a De Pas, quien, a su vez, la desprecia. Después de despedirse de ellos el clérigo, sigue la visita, que continúa, abajo, en la oscuridad del Panteón de los Reyes, donde, en una escena graciosa, el sabio se atreve a cogerle a Obdulia una mano.

El segundo capítulo comienza, como el anterior, con una escena que prepara la entrada del Magistral, y termina, también como el primero, con un momento de transitoria felicidad por parte de Bermúdez. Si en el capítulo I las historias de ambos se han alternado con un ritmo casi contrapuntístico, en el capítulo II, situado en su mayor parte dentro de la Sacristía, toma prelación la del Provisor, quedando don Saturnino definitivamente como personaje secundario. Dentro de la descripción en el segundo capítulo de todo el ambiente clerical de la catedral, se introduce el primer paso de lo que va a ser el argumento de la novela: el cambio de confesor de la Regenta. Sin entrar en detalles acerca de esta protagonista femenina, a quien no encontrará directamente el lector hasta el capítulo siguiente, conviene señalar que, además de Ana Ozores, se menciona también aquí a Obdulia: el Arcipreste, don Cayetano Ripamilán, gran admirador de las mujeres en general y hasta ese momento confesor de Ana, «después de haber olfateado varias veces, como perro que sigue un rastro», reconoce en seguida que ha estado allí Obdulia. En efecto, el olor a Obdulia enlaza esta escena con la del final cuando, al dirigirse hacia la puerta de la catedral con De Pas, el Arcipreste se detiene delante de la puerta de la última capilla y, «olfateando», los reconoce: «—¡Así Dios me valga, son ellos! —dijo pasmado... Ellos, la viudita y don Saturnino; reconozco el chirrido de ese grillo destemplado.» Cabe notar que entre uno y otro *olfateo* de don Cayetano, éste se dedica a narrar en público las escandalosas aventuras de Obdulia y sólo después, cuando cae en la cuenta, habla de su deseo de traspasarle la Regenta como penitente (entretejido en esta larga escena hay todo un argumento secundario, casi operático en su presentación, del *enemigo* Gloucester, quien espía a Ana y a Visita esperando al Magistral en su capilla). La técnica narrativa utilizada al final del capítulo recuerda la de la escena previa, cuando el Magistral percibe al grupo de visitantes y, páginas después, se acerca a saludarlos. Penetran en la capilla, pues, los dos clérigos, y se nos dice a continuación: «Eran *ellos*, en efecto», con lo que el lector se convierte, automáticamente, en un *espectador*, junto con los personajes, de la última escena del capítulo, en que el guía y los señores Infanzón, *sudando* todos, acaban la visita con una divertida nota de discordia. La última en gritar es Obdulia (antes se había referido don Cayetano al «chirrido de ese grillo destemplado»), tras lo cual la saluda, ceremoniosamente, el Arcipreste. Salen, todos juntos, a la calle, donde se separa don Saturnino del grupo en un estado de gran excitación, creyéndose amado. Después de este momento, ya casi va a desaparecer de la trama mientras que su escandaloso intercambio con Obdulia en la catedral pasará a formar parte del trasfondo colectivo de la novela, volviendo a surgir, de vez en cuando, como una especie de motivo accesorio a lo largo de sus muchas páginas. Los amores de un sabio casto y tímido, como podía verse ya en el caso de *Zurita*,

apenas *dan* para más. Don Saturnino ha funcionado, pues, como una especie de catalizador de diversos ambientes sociales a través del cual el narrador ha introducido, y relacionado entre sí, a numerosos personajes importantes antes del comienzo de la acción principal propiamente dicha.

Gracias a estos dos capítulos preliminares, sin embargo, tiene el lector una apreciación especial, quizá única en la obra, de ese personaje secundario, a quien ha llegado a conocer desde fuera y desde dentro mediante una variedad de perspectivas. No cabe duda de que don Saturno es un personaje cómico, tanto a los ojos del lector como a los de muchos vetustenses. También se ríe de él su narrador. Pero al mismo tiempo le comprende. Hay, entre el narrador omnisciente y esta criatura suya, una irónica compenetración que es precisamente lo que salva a Bermúdez —como a otros sabios ficticios de las narraciones anteriores a *La Regenta*— de ser una mera «caricatura». Esta combinación de tierno patetismo con humor, desprovisto de la lástima o sentimentalismo que se notan en un buen número de relatos de «Clarín», es un elemento fundamental en su arte de caracterización, siendo de gran modernidad la identificación que se percibe entre el autor y ciertos personajes suyos. En este sentido creo que se puede ver en el de don Saturnino Bermúdez una clara anticipación del Bonifacio Reyes de *Su único hijo*. No dura mucho, pues —dentro del conjunto de *La Regenta*— esta relación especial entre el narrador y don Saturnino, mas ha sido suficientemente desarrollada al comienzo para influir en el modo como reaccionamos frente a este personaje, o a las referencias a él, en el resto de la obra.

Podemos, por ejemplo, juzgar no sólo lo que se dice de él en ésta, sino también a quienes lo dicen. Vetusta es una ciudad de murmuradores, y «Clarín» se deleita en crear allí un ambiente de habladurías. Al describir, por ejemplo, los temas predilectos de conversación de los ancianos —y bastante aburridos— socios del Casino, se nos dice que «Don Saturnino Bermúdez había recibido más de una vez el homenaje de una admiración prudente en aquel círculo de señores respetables. Pero en general preferían a esto hablar de animales...» (VI). Mucho más viva es la conversación, a la salida de ese mismo lugar, entre algunos socios más jóvenes: aquí Paco Vegallana, deseando embromar delante de su héroe, Alvaro Mesía, a Joaquín Orgaz, le anuncia a éste que tiene «un rival temible», con lo cual logra en efecto turbarle. Cuenta, a continuación, el «escándalo» del día anterior, según se lo había referido su madre la Marquesa, quien, a su vez, se había enterado de lo que pasó por la indignada señora de Infanzón (buen ejemplo esto de la atmósfera chismosa). Les informa, también, de que su madre había invitado a Obdulia y a Bermúdez a su casa, «a ver qué cara ponían», pero que se disculpó Obdulia, y Bermúdez contestó «en una esquila perfumada, como

todas las suyas, que parecen de *cocotte* de sacristía», diciendo que estaba en cama y que le enviase por favor la Marquesa una receta suya para «aquella purga tan eficaz que ella conoce. El pobre Bermúdez sería feliz –le dice a Joaquín–, dado que te desbanque, si no fueran esas irregularidades de las vías digestivas» (VII). Nuestro conocimiento anterior del personaje y del «escándalo» en cuestión nos ayuda a comprender mejor la psicología de los dialogantes. Una tercera referencia a los amores de Bermúdez aparece en el capítulo XIII, cuando Paco Vegallana conversa con Visita sobre su idea de convidar al Magistral a comer en su casa con todo un grupo grande: «–Le consolará Obdulia –le dice–, que le asedia y le prefiere a don Saturno»²². Son pocos los secretos en Vetusta.

Otro invitado aquel día es Bermúdez, y el narrador aprovecha la ocasión para ponernos al tanto de su estado emocional: «no esperaba nada,... estaba desengañado, triste hasta la muerte» porque no había vuelto a ver a Obdulia desde lo de la catedral y esa mañana ella no le había hecho caso. «Clarín» dedica el siguiente párrafo a una descripción de la melancolía del pobre sabio: «¡Así eran las mujeres! ¡así era singularmente, aquella mujer! ¿Para qué amarlas? ¿Para qué perseguir el ideal del amor? O, mejor dicho, ¿para qué amar a las mujeres vivas, de carne y hueso? Mejor era soñar, seguir soñando.» Si no le miran siquiera, nos dice el narrador al final, «era que para las señoras de Vetusta, Bermúdez era un sabio, pero no un hombre. Obdulia había descubierto aquel varón, pero había despreciado en seguida el descubrimiento». En seguida Bermúdez se pierde en el fondo, para reaparecer, después de la comida, atrapado en el columpio frente a Obdulia, que ocupa el otro asiento: «en cuclillas, sonriente y pálido, don Saturnino Bermúdez, como a una vara del suelo, inmóvil, hacía la figura más ridícula del mundo, con plena conciencia de ello, y más ridículo por sus conatos de disimularlo» (XIII). Allí sigue, haciendo el ridículo, hasta que Paco lo saca de su asiento. Don Saturnino volverá a aparecer, pero aún con menos protagonismo, en otras dos escenas sociales de gran importancia en la novela: el baile del Casino, cuando hace una entrada memorable por su apariencia medrosa, decide emborracharse y tiene un intercambio de miradas con la Marquesa que le hace soñar, un instante, en un «idilio senil» (XXIV); y la excursión al Vivero, en el capítulo XXVII, donde, en cierto momento, le encontramos sentado solo sobre la yerba, imaginándose lo «delicioso» que sería «una conferencia íntima con Obdulia o con Ana sobre la verde alfombra». Vuelve a

²² «A Quintanar –leemos poco antes– se le dijo que se convidaba a De Pas para ver a Obdulia coquetear con el clérigo, y al pobre Bermúdez, enamorado de la viuda, rabiarse en silencio».

Vetusta esa tarde, y no le encontramos más, pues, siendo como es, no puede participar en aquellos juegos sospechosos que serán escenario para los amores de don Alvaro y Ana. Aunque pertenece, como noble y respetado miembro, a la sociedad vetustense, don Saturnino le es, en ciertas costumbres suyas, ajeno por completo.

DESDE ARRIBA: DON SATURNINO COMO OBSERVADOR EN LA ACCION DE LA REGENTA

Ajeno, por parecerles, según la expresión de la Regenta, un «mentecato». Su *sabiduría* —aún en el terreno sentimental— proviene exclusivamente de libros. En la vida social de los habitantes de Vetusta, entregados como están a los placeres y quehaceres del momento actual, don Saturnino desempeña, un poco, el papel de bufón involuntario. Pero a pesar de su apariencia (su aspecto de clérigo, su enorme sonrisa, sus indigestiones, sus ridículos amores), se reconoce que (en palabras también de la Regenta) «sabe tanto». Para ellos, Bermúdez no habita en el *presente*, sino que vive en el *pasado*: es «una crónica viva de las antigüedades vetustenses» (I) según el Magistral. Ya de joven cumple la función de sabio dentro de la sociedad, pues cuando se comentara en una tertulia la belleza de la recién llegada Anita Ozores, él corrige la comparación que hace de ella Pepe Ronzal con la «Venus del Nilo» diciendo: «—Más bien que la de Milo la de Médicis»; y al Marqués, cuando éste la llama «*un* Fidias», responde: «—En mi opinión más parece de Praxíteles». A lo largo de la novela aparecen semejantes referencias a palabras suyas —hasta citas— que introducen la *autoridad* de su punto de vista dentro de la narración. En cuanto a técnica narrativa, no es éste un recurso excepcional en esta obra, pues aparecen ahí a menudo voces de otros personajes para complementar o suplir la del narrador, creándose así una multiplicidad de perspectivas que sugieren, a su vez, las de una amplia sociedad. Tuvimos un buen ejemplo de ello en los comentarios intercalados al presentar al mismo don Saturnino. Sin embargo, en el conjunto del libro los juicios de Bermúdez adquieren un peso especial, porque el personaje, gracias a su inicial presentación, tiene más desarrollo que la mayor parte de los secundarios —es más «redondo», según la terminología de E. M. Forster—, y porque los vetustenses mismos reconocen en él, cuando menos en materia de historia, arqueología y otras ciencias análogas, a una autoridad, al mismo tiempo que un hombre de alta categoría social. Por lo demás, al lector se le da ocasión de percibir alguna manifestación de su pedantería, y con frecuencia, de su visión irrealista y romántica del mundo. Al aparecer Rudesinda, la hija mayor de los barones de Barcaza, en el baile del Casino, se nos dice, por ejemplo,

primero, que «según don Saturnino Bermúdez, era una *belleza ojival*», tras de lo cual añade el narrador que «en efecto, parecía una torrecilla gótica, aunque, por ciertas curvas del busto, sobre todo del cuello, a la Marquesa se le antojaba 'un caballo de ajedrez'» (XXIV). En otra ocasión un epíteto utilizado por Bermúdez, como si fuera el título de otro libro suyo, desmiente la verdadera moralidad de los ciudadanos. Se trata de una «espléndida novena a San Francisco» ofrecida por un famoso jugador del Casino, a la que acudió «toda *Vetusta edificada*, como decía Bermúdez» (VI). En la tertulia de la Marquesa «se murmuraba del mundo entero, se inventaban calumnias nuevas y se amaba con toda la franqueza prosaica y sensual que, según Bermúdez, 'era la característica del presente momento histórico, desnudo de toda presea ideal y poética'» (XVIII). Las «almohadillas muy abultadas y menudas» del salón de esta señora se le antojan «impúdicas», la desierta calle que miran desde el balcón don Alvaro y Visita, está envuelta en un silencio que era «el que llamaba solemne y aristocrático don Saturnino» (VIII), el paseo de la noche «viene a ser subrepticio, a lo menos así lo llama don Saturnino» (IX), y de don Pompeyo Guimarán, de familia portuguesa, se dice: «don Saturnino Bermúdez, el arqueólogo y etnógrafo, que dividía a todos sus amigos en celtas, iberos y celtíberos, sin más que mirarles el ángulo facial y a lo sumo palparles el cráneo, aseguraba que a don Pompeyo le quedaba mucho de la gente lusitana, no precisamente en el cráneo, sino más bien en el abdomen» (XX). En cuanto al Magistral, «rehuía los lugares comunes», según don Saturnino Bermúdez (XII). Este clérigo, también un sabio, prepara una *Historia de la Diócesis de Vetusta*, libro del que, «sin conocerlo, hablaba muy mal don Saturnino Bermúdez, cuando estaba un poco alegre, después de comer. Uno de sus secretos era que 'el Magistral merecía el nombre de sabio, pero no precisamente el de arqueólogo, nadie sirve para todo'» (XI).

Junto con lo dicho antes, hay otra razón por la que los comentarios y opiniones de este personaje invisten una cierta significación tanto para los vetustenses como para el lector de la novela: cada uno de los miembros de esa sociedad mantiene sus opiniones propias respecto de los demás, así como de los acontecimientos de la ciudad, pero están limitadas a la comunicación *oral*, o sea, a la murmuración (que practican con gran entusiasmo). Don Saturnino Bermúdez es, potencialmente, un observador privilegiado por ser, además de participante en la vida colectiva, escritor (recuérdese que colabora también en *El Lábaro*). Su relación con Vetusta es compleja, hasta ambigua: pertenece a la clase aristocrática y se siente en la iglesia como en su casa; sin embargo, no es clérigo, ni está integrado por completo dentro de la aristocracia. Como sabio, aparece siempre solo, no en la compañía de los otros *filósofos* y eruditos del Casino. Es, en efecto, *anfíbio*: participante y observa-

dor. También existe una dualidad en su actitud hacia el tiempo: aunque vive y actúa en el presente, su imaginación huye, a menudo, hacia el pasado, un mundo que él mismo se ha creado a base de sus estudios y lecturas y que ha re-creado, luego, en los sucesivos tomos de su historia de Vetusta, libros que ha escrito a partir de una doble perspectiva: desde dentro (como vetustense entusiasta, descendiente de Bermudo I) y desde fuera (como sabio investigador). Frente a la sociedad vetustense contemporánea tiene, asimismo –por todas estas razones– un punto de vista dual, pues pertenece a ella y no pertenece. ¿Acaso no es éste, precisamente, el punto de vista de Leopoldo Alas, «Clarín» –o de su narrador– frente a los personajes de Vetusta? El último título que salió de la pluma de Bermúdez fue *Vetusta Transformada*, pero no termina aquí la *documentación histórica* de la ciudad, pues, como se nos dice en el capítulo XXVI, hay por lo menos otra persona, que no se nombra, ocupada en redactar la historia de la ciudad en el momento de la acción: «El Jueves Santo llegó con una noticia –se trata de la intención que tiene Ana de ir con los pies desnudos en la procesión del día siguiente– que había de hacer época en los anales de Vetusta, anales que por cierto escribía con gran cachaza un profesor del Instituto, autor también de unos comentarios acerca de la jota aragonesa»²³. Esta documentación imaginaria, junto con algún otro toque, como las informaciones del periódico *El Lábaro* o las notas que Ana Ozores lleva a su diario y la correspondencia que mantiene con varias personas, son documentos que contribuyen a crear la impresión imaginaria de una realidad histórica, reforzada todavía mediante la técnica de introducir a lo largo de la narración los diversos puntos de vista de varios personajes, y el autor lo consiguió de un modo tan eficaz como para producir una irritación en sus convecinos que, al publicarse la novela, identificaron el mundo ficticio de Vetusta con la realidad cotidiana de Oviedo.

DESDE ABAJO: DON SATURNINO, EL MAGISTRAL, Y OTRAS DOS RELACIONES DE CONTRAPUNTO EN *LA REGENTA*

Para completar nuestro análisis del personaje de don Saturnino Bermúdez, pienso que puede ser iluminador comentar brevemente la relación de este personaje «anfíbio» con otros tres personajes de la novela, *sabios* todos, a los que sirve, en algún modo, de contrapunto²⁴. Para empezar, cabe

²³ Acaso sea éste el mismo «antiguo catedrático de psicología, lógica y ética» aludido en la nota 18 de este trabajo.

²⁴ Al comentar el comienzo de *La Regenta* en su Prólogo a la edición de 1900 (reproducido en la de Sobejano), escribe Galdós: «Pronto vemos aparecer la donosa figura de don Saturnino Bermúdez, al modo de transición zoológica (con perdón) entre el reino clerical y el laico, ser híbrido, cuya levita parece sotana y cuya timidez embarazosa parece inocencia».

recordar que tanto la estructura básica de *La Regenta* (sus dos partes) como los núcleos de su escenario (iglesia y sociedad) establecen ya un marco temporal y espacial doble, reforzado por numerosas repeticiones y contrastes. Asimismo Leopoldo Alas empareja a varios personajes de diversas maneras, para subrayar semejanzas o diferencias entre ellos. Los *héroes* de una y otra esfera —De Pas y Mesía—, por ejemplo, tienen sendos defensores (Ripamilán y Paco Vegallana) así como sendos enemigos envidiosos (Glocester y Pepe Ronzal) —recordemos que cada una de esas esferas tiene también su *reina* correspondiente: doña Petronila Rianzares y la Marquesa de Vegallana—. Hay, asimismo, dos criadas —Teresina y Petra— que siguen trayectorias parecidas, y dos mujeres desenvueltas —Visita y Obdulia— que desearían ver la caída de la Regenta —personaje éste cuya trayectoria atraviesa las dos esferas indicadas—. Esta técnica de apareamiento de personajes no es nada rígida, sino que se pliega a la complejidad propia de las relaciones humanas. Para dar sólo un ejemplo: dos mujeres que poco o nada tienen en común —Ana Ozores y Obdulia Fandiño— están emparejadas en la fantasía de don Saturnino. El amor del sabio hacia una y otra, presentado ya en el primer capítulo, parece diversificarse —en la medida que lo permite su propia timidez— en las categorías de *puro* e *impuro*, según la fama de cada cual. El que siente por la Regenta, siendo secreto, no se manifiesta hacia el exterior, en contraste con su pasión, públicamente conocida, hacia la viudita alegre. Ya cerca del final de la novela, cuando la protagonista, recobrada la salud, está disfrutando de la vida campestre del Vivero en compañía, ese día, de gran parte de los personajes que llenan la acción, allí está Bermúdez, sentado a solas sobre la yerba y soñando otra vez despierto en una «conferencia íntima con Obdulia o con Ana sobre la verde alfombra». Unas páginas después, el romántico don Saturnino desaparece para siempre y pronto empezará a derrumbarse el puente que separa, como había escrito Alas en *Doctor Angelicus*, «de Eva inocente, / a Eva pecadora». A su vez, este par de mujeres entrarán también en dos de las relaciones de contrapunto que vamos a examinar ahora.

La primera es la que se establece entre don Saturnino y don Cayetano cuando aparece éste por vez primera en la catedral (capítulo II). Hace surgir el narrador en esta escena, que termina al salir juntos los dos clérigos y los cuatro visitantes, una irónica comparación y contraste entre ambos sabios, cuya admiración por los encantos de Obdulia es, además de visual, olfativa. Ninguno de ellos es lo que se podría llamar *guapo* (el viejo, alegre, bonachón, miope —como Alas—, es comparado a un pájaro), pero mientras que en su carácter y temperamento Ripamilán tiene, al parecer, muy poco de *clérigo* (sus pasiones son la poesía bucólica, la caza y la mujer, «que seguía adorando con el mismo pudibundo y candoroso culto de los treinta años», el laico

Bermúdez, siempre serio y vestido de negro, no puede dejar de parecer un clérigo. En el mundo, pues, don Cayetano está mucho más cómodo que el tímido y torpe don Saturnino. Ambos son castos, pero si éste debe conformarse con *soñar* con las mujeres antes de dormirse, el «culto a la dama» de aquél «no tenía que ver nada con las exigencias del sexo»: la mujer era, para él, «el sujeto poético». Además de apreciar los encantos de Obdulia, tienen en común una gran admiración por la virtuosa Ana Ozores, de quien había sido confesor Ripamilán hasta el momento de empezar la acción. Tanto el retrato de él como su actuación en el capítulo II de *La Regenta* vienen a complementar, y contrastar, la presentación de Bermúdez en este capítulo y el anterior, resaltando de esta manera la imagen que se comunica al lector de uno y otro personaje.

La segunda relación que quisiera comentar resulta menos obvia, pues si bien coinciden ambos personajes en varias ocasiones —de tipo social—, no se los describe juntos en pareja. Se trata del marido de Ana Ozores, el ex regente don Víctor Quintanar, introducido al comienzo del capítulo III como «el más cumplido caballero de la ciudad, después de Bermúdez». Al calificarle de este modo aquí, inmediatamente después de haber desaparecido prácticamente don Saturnino de la acción de la novela, se efectúa una transición entre el episodio preliminar y el que será el argumento principal de la novela (también el personaje de don Víctor se enlaza con el del Magistral al hablar de las visitas que éste solía hacerle cuando Quintanar era todavía regente). Hemos indicado que el personaje de Bermúdez ofrece escasas potencialidades, dada su timidez de casto soltero; para ser protagonista de una trama novelesca. El impotente don Víctor, quien también siente impulsos de amor puro —hacia su joven esposa— e impuro (frustrado) —hacia Petra—, es capaz en cambio de tener un papel en la acción novelesca porque, siendo casado, puede participar en un episodio de adulterio y amor, aunque dada su condición dicha participación nunca llegará a alcanzar mucha intensidad pasional (el papel emocionado del marido # amante *engañado* será asumido, a la postre, por el Magistral). Su estado civil es lo que diferencia definitivamente a estos dos sabios, ambos tímidos, frecuentemente ridículos, y patéticos, relegando a uno a un papel de fondo y destacando al otro, inadvertidamente por parte suya, a un papel protagónico. Al repasar los cuentos de *sabios* anteriores a *La Regenta* habíamos señalado una diferencia entre los maridos —y el soltero— engañados y el casto don Saturnino, quien nos recuerda, sin embargo, a otros personajes *sabios* de dichos relatos clarinianos. ¿No tendríamos en el caso de Bermúdez y Quintanar dos manifestaciones del tipo ficticio de sabio desarrollado hasta entonces por Leopoldo Alas? En otro trabajo he sugerido que ocurre un proceso de bifurcación al pasar el autor desde un previo boceto narrativo a esta novela larga, algo que se puede ver, bastante claramente, en

los casos de don Alvaro y el Magistral y en los de don Pompeyo Guimarán y don Santos Barinaga²⁵; en el caso que ahora comentamos no se trataría exactamente de bifurcación, pero sí de una especie de adaptación del papel del sabio para responder a las exigencias argumentales. Es curioso notar, creo, que la acción de *La Regenta* empieza con un «escándalo» en que participa Bermúdez, y acaba con otro «—aquel gran escándalo que era como una novela»— en que participa, y del que morirá, don Víctor Quintanar.

La tercera, y última, relación es seguramente la más interesante de las tres: se trata de la sugerida entre Bermúdez y el Magistral. Se han marcado, al paso, algunos de los puntos de contacto entre ambas figuras: son sabios (don Saturnino dice que él es el «primer anticuario de Vetusta, según la opinión del mejor teólogo» [I], es decir, el Magistral), autores de libros históricos, grandes lectores, fantaseadores de novelas a la hora de dormirse, y enamorados —cada cual a su modo— de la Regenta. Si Bermúdez se considera superior a De Pas —perseguido ardientemente por Obdulia, a quien desdén—, De Pas se considera superior a él en este terreno («'Necia —murmura para sí al encontrarla en la catedral—, ¿si creerá que a mí se me conquista como a don Saturno?'»). La diferencia entre uno y otro es aclarada en seguida por el narrador: «La urbanidad era un dogma para el Magistral lo mismo que para Bermúdez, pero sacaban de ella muy diferente partido» (I). Como pasa con don Cayetano, el Magistral tiene por dentro características laicas que contrastan con el aspecto clerical de don Saturno: joven (tiene dos años más que Bermúdez), fuerte, viril, su intensa sexualidad está reprimida, encadenada, debajo de la sotana. Los dos tipos de amor —puro e impuro— que en Bermúdez no pasan de la fantasía solitaria, son, para De Pas, sentimientos vigorosos: llegará a querer intensamente a Ana Ozores, luchando contra los deseos carnales que, sí, satisface con las criadas. No creo que sea casualidad la existencia, en la obra, de dos escenas de higiene matutina en que uno y otra se lavan: «Tal vez era la limpieza, esa gran virtud que recomienda Mahoma, la única que positivamente tenía el ilustre autor de *Vetusta Transformada*», comenta el narrador en el capítulo I, con una alusión más a los pecados de Bermúdez la noche anterior; mientras que en el capítulo XI, tras un resumen sumamente sugestivo, del arreglo doméstico —y nocturno— del Magistral con Teresina, procede a la poderosa descripción de don Fermín, «desnudo de medio cuerpo arriba», lavándose mientras se mira al espejo. El Magistral no es tímido, pero teme caer en algo que atormenta a don Saturnino: la ridiculez.

²⁵ Véase mi artículo «Gérmenes de *La Regenta* en tres cuentos de Clarín», *Argumentos*, Año VIII, Núm. 63/64, 1984, 16-21.

El Magistral y Bermúdez son personas solitarias, un poco aparte, de la sociedad vetustense (es significativo que ambos se marchen del Vivero el día de la excursión campestre, dejando a los otros con sus juegos). Su punto de vista frente a dicha sociedad es, pues, a la vez exterior e interior. Hemos observado ya, al examinar la composición de los dos primeros capítulos, cómo las trayectorias espaciales de uno y otro personaje se alternan, confluyen y enlazan con un ritmo contrapuntístico, empezando con el Magistral en la torre y acabando en la puerta de la catedral. El juego de perspectivas en estos capítulos es de gran interés, pues el narrador comienza su obra desde la perspectiva del Magistral (de familia campesina), viendo a Vetusta panorámicamente desde arriba, para pasar luego a la perspectiva del noble Bermúdez, quien la mira en detalle desde abajo. Con el Magistral y con don Saturnino se introducen, pues, cuatro puntos de vista: desde arriba, desde abajo, desde dentro y desde fuera, que son las que usará también el narrador de *La Regenta*, y por extensión, los de su autor, Leopoldo Alas, «Clarín».

Quizá por eso, así como por todo lo dicho hasta aquí, le otorgó a don Saturnino un papel tan importante en los dos primeros capítulos de su gran novela.